

TRISTE CORAZÓN DE NOVIA

Laura Jiménez Izquierdo

21 de mayo de 1912

Querido Enrique,

“El pintor de Valencia. El pintor de la luz”.

Son las palabras que más se escuchan durante las últimas semanas en el pueblo. No se habla de otra cosa.

“Dicen que sus pinturas brillan como velas”.

“Yo he oído que pinta unos mares en los que las olas se mueven, que los tocas y están húmedos”.

Los vecinos no terminan de creerse que el “pintor de Valencia” venga a pasar unos días al pueblo. De todos los pueblos de la zona hemos sido los elegidos. Ya sabes que desde hace tiempo nuestro traje de vistas se ha vuelto famoso por el país gracias a las postales de Laurent, como la que te envié hace unos meses.

Algunos no entienden toda la parafernalia que han de vestir las recién casadas. Semejantes collares llenos de relicarios, patenas, medallas, crucifijos, rosarios, corales y un largo etcétera de amuletos protectores del mal de ojo.



Ya sabes que a mí me entusiasma, y que quiero que nos casemos así. Yo de Albercana y tú de Montehermoseño. Y no pienso llevar la gorra esa del espejo de la que me has hablado alguna vez. Me parece ridículo canto complemento como la tradición que me contaste de romperlo.

Eso sí. Yo llevaré mi Corazón de Novia, como el de mi madre. Con esa fina filigrana con la que dibuja a Jesús, a la Virgen y las hermosas medias lunas. Madre e hijo que siempre nos protegerán, Enrique. A ti como esposo, a mí como esposa, a los dos como futuros padres. Yo los portaré siempre en el corazón.

Pero basta ya de soñar. Te escribía para contarte que mi madre ha ofrecido su traje para que lo pinte el Valenciano. ¡Y ha sugerido que pose yo con él!

¿Te imaginas? Retratada por un pintor con mi traje de Albercana.... Con mi toca y el pañuelo y

las medias de mi abuela, que tienen unos bordados preciosos hechos por ella. El jubón, manteo y bernio de mi madre, que dan un calor tremendo. Espero que nos casemos en otoño, Enrique. No sé cómo voy a aguantar con ello puesto si me pinta el Valenciano en junio... Porque viene en junio, ¿sabes? ¿No queda nada! Sé que en cuanto vea el traje que le ofrece mi madre, va a querer pintarlo. Es el más bonito del pueblo y el que más patenas, tabulillas, corales y rosarios tiene (o de los que más, vaya, tampoco quiero exagerar).



Por otro lado, respondiendo a tus preocupaciones... sí, mi tío sigue insistiendo a mis padres en lo beneficiosos que sería el enlace con mi primo Tomás. Pero no te preocupes, ya les he explicado a mis padres nuestros planes. Lo entienden y lo aceptan –más mi madre que mi padre- pero no dudan en que te haré un hombre feliz, me harás una mujer feliz y formaremos una bonita familia.

Además mi madre sabe que Tomás no es bueno, que ha “tocado” indebidamente a algunas muchachas del pueblo... Pobrecitas Enrique, como lloraba la Julita el otro día... Muchos no le creen, pero yo estoy convencida de que Tomás se portó mal con ella después de la romería de las Majadas Viejas... ¡Pobre Julita!

Si me eligen, Enrique, me encantaría que estuvieras para que te pinten conmigo... Igual si vinieras por aquí en junio... Pero no sé si se podrá. Creo que mi tío también ha ofrecido su traje. Espero que no para que lo lleve Tomás...

Se me termina el papel, Enrique, me despido.

Contando las semanas, los días y las horas para verte.

Siempre tuya

Rosa

13 de junio de 1912

Querido Enrique,

Sé que esperas una carta rebotante de alegría, pero las últimas semanas mi mundo y mis ilusiones se han hecho añicos. No me siento con fuerzas para contarte nada, menos por carta. Pero sé que hasta julio no nos vamos a ver y no aguanto más.

No sé por dónde empezar... Se me caen las lágrimas según escribo Enrique. Qué vergüenza. Debí de hacer caso a tus advertencias y preocupaciones... ¡He pecado de inocente, de descuidada y de boba!

El día del Corpus Christi, Tomás estaba especialmente pesado. Lo tuve pegado durante todo el día: en la misa, en la procesión... Notaba que mi madre me miraba preocupada. Julita se me acercó y simplemente me susurró al oído: "Rosa. Ándate con ojo". En el baile, al atardecer, decidí irme a casa. Tomás me dijo que me acompañaba. Aún no se había puesto el sol y la calle estaba llena de gente. Le dije que no hacía falta pero insistió y me siguió, dándome conversación por el camino.

Ay Enrique...

Antes de llegar a mi calle, en el cruce donde tiene la Antonia todas sus enredaderas en la pared, Tomás se acercó un poco más y me agarró por la cadera. Le quité la mano. Pero volvió a hacerlo, agarrándome fuerte. Se la volví a quitar pero me cogió y me empujó contra la pared. ¡Cómo me miraba, Enrique! ¡Se le salían los ojos de las órbitas! Me empezó a besar y me tocó entera... Puse todo mi empeño y fuerza, pero Tomás es un chico corpulento y robusto. Fue inútil. Me metió por el callejón de los pajares y...

No puedo Enrique... No puedo describírtelo. Fue horrible. Puedes imaginarte lo que pasó. Yo estaba sangrando. Me dolía la cadera, la espalda y la cara. Me había llevado un par de tortazos por resistirme. Noté como se le terminaba la energía en ese último esfuerzo. Se separó de mí. Escupió. Resopló. Me miró y sonrió con malicia. "Solo he adelantado lo que viviremos en unos meses cada noche primita". "Sé que has disfrutado, boba". Me acarició la mejilla y me dejó ahí tirada.

Me bajé la falda pero no me levanté. No podía. Ya no solo por el dolor, sino por la vergüenza y el horror. Me sentía abochornada. Vacía. Aterrada. En realidad llevo así desde entonces, Enrique. No puedo dormir por las noches. Me rodean las sombras y se me paralizan los sueños. Me despierto con ojeras, llena de sudor y de lágrimas.

Al día siguiente hablé con mi madre. Estaba seria y compungida. Me sentó a la mesa con mi padre. Él no hizo ningún comentario sobre mis moratones y heridas. Calló. Solo abrió la boca para decirme que había concertado con mi tío que Tomás y yo nos casaríamos en verano. Que era por el bien de las tierras y que no había nada más que hablar. Se levantó de la mesa y se marchó.

Me quedé tiesa, a solas con mi madre. Noté cómo me miraba en silencio. Cómo quería decirme tantas cosas que no se podían decir en alto. Su voz había vivido siempre enmudecida, dormida. La mía iba a entrar también en un largo letargo.

"Cariño. Han decidido en la asamblea que el Valenciano pinte nuestro traje... Y que poses tú con él!

La miré. Muda. En realidad ya no me hacía ilusión.

Se le entristeció la mirada. “Pero tendrás que posar con Tomás”.

Sé que es lo de menos enrique. Sé que lo he destrozado todo. Mi desdicha es infinita.

¡Qué vergüenza Enrique! Lo siento tanto.

No sé cómo solucionarlo.

Te sigue queriendo,

Rosa



26 de junio de 1912

Querido Enrique,

Solo te escribo para informarte de que ya han terminado el cuadro. Han sido unas jornadas largas y muchas horas de pie. Aguantando el calor del paño y el peso de los collares. Pero ya he cumplido. No tuve opción. El día que dije que me negaba a posar, se presentaron en mi casa mi padre, mi tío y Tomás... Mejor no te cuento las barbaridades que soltaron por la boca.

El Valenciano es un señor bien apuesto, educado, letrado y, sobre todo, amable. Se le notaba cansado. Debía de llevar meses de pueblo en pueblo, y aún le quedaban visitas por hacer. Se llama Don Joaquín.

Si no fuera por las pocas ganas que tenía de estar ahí, te habría dicho que las maravillas que hacía solo con solo mover unos pinceles sobre el lienzo era como un baile para mirarlo sin pestañear. De hecho, muchos vecinos se acercaban de vez en cuando para ver cómo iba avanzando.

Posar y escuchar las continuas bromas y estupideces de Tomás no ayudó a que se hiciera más ameno el tiempo. Solo quería irme de allí.

Cuando dio la última pincelada, se alejó dos pasos para mirarlo. "Terminado" –dijo satisfactoriamente.

Tomás se acercó a verlo. Mi madre, que estaba sentada a un lado, también. Yo no quise ir. Me senté agotada en la silla que había dejado mi madre libre.

Vi como mi madre sonreía al ver su traje brillando tanto en el lienzo. Pero cuando miró más arriba, le cambió la expresión.

"Le has borrado las ojeras. Mi hija nunca ha estado tan despierta. Pero... está triste. Muy triste".

Don Joaquín, que estaba al lado observando también su obra respondió serio: "Hay cosas tan apegadas al alma, que ni la pincelada del más ávido artista puede cambiar".

Enrique. Sé que necesitas tiempo. Por favor. Contéstame. Aunque sea para decirme adiós.

Te sigue queriendo,

Rosa

Terminó de leer las líneas de aquella carta por "centésima" vez. No obstante, esta lectura era especial. Tras un largo viaje, y a pesar de que se le cayeran un poco los párpados, causa de *jet-lag*, allí estaba. En la biblioteca de la Hispanic Society de América. Delante de "La fiesta del pan". De esas pinceladas cargadas de luz de Sorolla. Delante de su "yaya".

Su bisabuela, a la que tanto había querido por sus sabios consejos, su eterno cariño y protección, había fallecido hacía unos meses. Ras dedicarse durante largas tardes a ordenar antiguos armarios, baúles y arcones con su madre, habían encontrado en el fondo de un cajón,

detrás de unos manteles bordados a punto de cruz, un montón de papeles envueltos en periódico y atados con un lazo de raso negro. Lo cogieron con cuidado, retiraron el polvo y desenvolvieron.

Eran cartas. Una larga correspondencia de enamorados: un tal Enrique y Rosa, su bisabuela. La primera de ellas, la más breve y reciente firmada por él, decía: *“Te las devuelvo, no puedo volver a lleras más. Me desgarró el alma”*.



A su bisabuelo Tomás nunca lo había llegado a conocer. Su madre tampoco. Había muerto joven por una neumonía. Rosa nunca les había contado ni una palabra de la historia. Era reacia a hablar de su infancia y juventud, prefería escuchar las historias de los demás: “el pasado es viejo y está lleno de polvo ¡Mejor dejarlo atrás! –siempre decía mirando con sus ojos tristes al vacío cuando le pedían que hablara de su vida de joven en la Alberca. “Cuéntame tú. El futuro es siempre mejor que el de entonces”. Nunca le había dado importancia a ese rechazo, hasta que leyó las cartas.

Y allí. En silencio. Delante de su bisabuela y de su maravilloso traje de Albercana, buscó esa triste mirada que se salía del cuadro, que no miraba esa “Fiesta del pan” que debería estar disfrutando, pero que tampoco miraba en el boceto previo del gran lienzo a su futuro esposo, su bisabuelo. “Novios salmantinos” lo había titulado Joaquín Sorolla. Quizás prefirió no añadirle ningún adjetivo, puesto que el rostro afligido de ella derrochaba una melancolía saturnina que apagaba todo el rico colorido de los bordados de su traje y el brillo de sus joyas.

Era la primera vez que entendía esa triste mirada. De una joven enamorada a la que le habían arrebatado el amor. A la que, además, obligaban a posar junto a su impuesto destino para que el pintor más importante del momento inmortalizara con luz y color cómo entregaba su iluso Corazón de Novia a la tristeza.

